

**Marcos Jairo; Fernández M<sup>a</sup> Ángeles. (2024). *Memorias Ahogadas*. Logroño: Pepitas de calabaza. ISBN: 978-84-18998-67-6. Reseñado por: Ruth Pérez Lázaro. FNCA. Recibida: 31/10/2024. Aceptada: 1/11/2024**

Memorias Ahogadas se suma a la literatura crítica sobre el modelo de desarrollo basado en la construcción de grandes obras hidráulicas en pro del bien común, situando nuestro país como el quinto con mayor número de presas en el ranking mundial. Es un cuestionamiento reposado sobre los impactos sociales, ambientales y el dolor humano que este modelo genera, en línea con autores referentes de la Nueva Cultura del Agua como Pedro Arrojo, Nuria Hernández Mora o Leandro Del Moral.

La primera parte del libro nos muestra un repaso histórico en la configuración del *Estado Hidráulico* que ha dominado tradicionalmente la gestión de agua través de las estrategias de oferta. Los autores nos desgranar una amplia y rigurosa visión que ayuda a romper planteamientos asentados en el imaginario colectivo. La construcción de grandes represas se remonta al siglo I, sin embargo, fue la comisión de caminos y canales en el año 1820 la que sentó las bases del paradigma hidráulico. El plan Gasset consolidó la creación de una imbricada red de estructuras con la que ampliar las extensiones de regadío y generar riqueza de forma desigual. “Nombres como los regeneracionistas Juan Costa y los ingenieros Manuel Lorenzo Pardo y Juan Benet ejemplifican esta visión. La república primero, el franquismo después y la democracia en la época más reciente han perpetuado el plan establecido” (p. 20).

Es fascinante el viaje que proponen a través de diferentes embalses con el objetivo de reconstruir las preguntas olvidadas en esta “única” manera de entender la gestión del agua durante

décadas: ¿Cómo se gesta la idea? ¿Quién es la mano de obra? ¿Cuándo ocurre? ¿Qué se esconde bajo las aguas? ¿Qué encontramos en la superficie?

En el embalse de Porna se descubren dos posiciones enfrentadas, dos ideas, separadas por un muro de hormigón cargado de realidad y simbolismo. Los autores realizan un juego de contrastes entre la manera de entender el entorno de Juan Benet, ingeniero e ideólogo del muro, y el escritor Julio Llamazares, hijo del maestro de Vegamián, uno de los pueblos inundados por el embalse. Juan representa el paradigma del *Estado Hidráulico* “Las cuencas excedentes tendrían que ceder parte de sus recursos a las deficitarias, por el bien común y la unidad nacional” (p. 29). Julio mientras tanto nos acerca a una Nueva Cultura del Agua “hay distintas formas de mirar el agua, depende de cada uno y de lo que busque...Y yo la miro con respeto y emoción, pues se lo debo a mis antepasados” (p. 30). Recuerda a autores como Arrojo (2020) en su defensa por una transición hídrica que entienda el agua como un activo ecosocial y apuesta por una “gestión ecosistémica”, vinculada al territorio, ligada a la emoción e identidad de sus gentes y atravesada por una democracia participativa.

El desgarrador relato del embalse del Ebro nos sumerge en esas historias humanas que forman parte de todo este entramado. Historias silenciadas, invisibles, que los autores en un ejercicio de construcción de la verdad retratan con mimo, para darles el lugar que merecen, para no permitir que los hilos de la memoria se rompan de nuevo. Amparo,

hija de un falangista, y Domingo, uno de los doscientos cincuenta y ochos presos republicanos condenados a levantar con sus manos el “muro”, desafiaron las relaciones de poder establecidas en la dictadura con temeraria valentía. Domingo representa a los invisibles que se vieron forzados a cambiar un día de condena por una jornada esclavizada. “Aquello era una tumba...en pocas semanas mi juventud... quedó destrozada ante el horror de aquel infierno” (p. 43). Amparo y Domingo abandonaron Villanueva de Valderroyo en un éxodo obligado por el agua que llegó al valle. Dolor ahogado. Amparo sigue visitando su pueblo en una lucha constante contra el olvido “la historia de esa mujer es hermosa, una de esas historias que no recogen los libros porque son personas anónimas” (p. 197).

Nos detenemos en el embalse de Riaño y Jánovas para atender al cuándo: las compuertas de Riaño se cerraron el 31 de diciembre de 1987, veinte años después de la construcción del muro, en plena democracia. Las de Jánovas, el pantano de papel, no existen, nunca se construyeron. Los autores nos presentan un retrato costumbrista del valle leonés antes de ser inundado, a través de la memoria de Carmina, del grupo de música ‘Los Sherpas’, de Paco el panadero que resistió hasta que las maquinas tiraron abajo su casa mientras horneaba sus hogazas de pan. Al leerlo, coexistes con su resistencia, desde las manifestaciones a la pintada en el muro que dice “Demolición”, sientes la injusticia y el engaño. Riaño no se hizo para regar Los Pañuelos, setenta mil hectáreas de secano ávidas de convertirse en regadío, más bien jugó un rol fundamental en la regulación de las grandes presas de las Arribes del Duero que hoy día pertenecen a Iberdrola.

El capítulo de Jánovas muestra con su narrativa la complejidad del caso. Aquí la figura del pretérito imperfecto representa las promesas incumplidas, la

injusticia, la humillación que sienten las víctimas. Eva Buisán y Tony Garcés son la tercera generación de lucha en torno al pantano de papel, una herida que sangra desde hace más de 50 años. Conversan, entre datos, emoción e indignación, detallan la historia un embalse sobre el río Ara que nunca se construyó, pero que igualmente arrancó identidades con el argumento del interés general por bandera. Veinte años resistieron las familias Buisán y Garcés las extorsiones por parte de Iberduero y el cuándo tuvo que llegar en plena democracia. Una Evaluación de Impacto Ambiental negativa en el año 2000 frena definitivamente el proyecto. Entonces llegan las interminables negociaciones con Endesa para conseguir una reversión de las tierras, términos como ‘justiprecio’ y ‘menoscabo’ se convierten en lenguaje común, el resultado es más injusticia y un conflicto social entre sus gentes.

Los espacios físicos también configuran la memoria. Las ruinas de los pueblos inundados recuerdan la vida que un día existió, el dolor de miles de personas desplazadas en la mayoría de los casos con violencia, sin una indemnización adecuada y a tiempo. Las ruinas trazan las memorias ahogadas que de forma transversal se recuperan en el libro, torres de iglesias que despuntan cuando el nivel del agua baja, escuelas, talleres, hogares, huertas convertidas en fango, incluso vestigios con valor histórico como Augustóbriga (embalse de Valdecañas), que los autores dibujan en un paseo relajante. Pero ¿Qué ocurrió con estas raíces extirpadas? ¿Dónde se reubica tanto dolor? El siguiente capítulo nos lleva a la superficie que cierra el círculo perfecto del *Estado Hidráulico*: los pueblos de colonización. “Cerca de cincuenta mil familias fueron reasentadas en algo más de trescientos pueblos de nueva planta con unas treinta mil viviendas” (p. 155), la mayoría de ellos con personas desplazadas por la construcción de pantanos. El Instituto

Nacional de Colonización era el encargado de semejante labor, inicialmente se trataba de una supervivencia precaria en barracones sin agua ni electricidad, hasta que recibías la vivienda y un pequeño terreno que pagarías a lo largo de los años. Los hombres eran los titulares y únicos responsables de la explotación, hombres que cumplían las condiciones impuestas por el régimen. Pueblos sin alma en los que se basó el desarrollo rural de la época bajo premisas de orden y control. Pueblos blancos exactamente iguales repartidos por toda la geografía. “La colonización del paisaje rural venía aparejada de la colonización de sus gentes, en un cultivo de doble cara, el del campo y el de la moral” (p. 170). Los autores beben del filósofo Lino Campirubi y del profesor Luis Romero para realizar una descripción del mundo rural que recibe las externalidades más negativas del *Estado Hidráulico*: “abandono forzoso de los pueblos, pérdida de tierras fértiles, biodiversidad y paisaje, alteración de la estructura territorial (Romero, 2018)”.

El segundo bloque del libro es un acercamiento sin filtros a los recuerdos y sentires que van construyendo la memoria de las personas que sufrieron en su cuerpo las violencias de los desplazamientos forzados. Historias que conectan con el mismo *modus operandi* que se da en América Latina, grandes transnacionales que con sus proyectos hidroeléctricos que destruyen territorios y vidas vulnerando los Derechos Humanos de la población con total impunidad. En el primer capítulo los autores toman como referencia a Julio Llamazares y sus distintas formas de mirar el agua para retratar el dolor acallado “Estas aguas llevan la historia de mi familia” (p. 188). Quizás estos relatos vivenciales suponen un ejercicio de sanación, poner en palabras para curar, dejar de sentir “el pantano como un castigo asumido en silencio” (p. 199). En

los bancos de la plaza mayor de Rosalejo bajo el sauce llorón va fluyendo una conversación en grupo en la que se comparten recuerdos de juventud en Talaverilla, antes de que los pueblos de colonización se convirtieran en hogares forzados. En este caso un homenaje a Jarama de Sánchez Ferlosio. Por último, Justina a sus noventa años, con los ojos vidriosos recuerda las aguas libres del Tajo a su paso por Santa María de Poyos. Un relato con estilo periodístico que desentraña su historia, la de los “nadies” de Galeano, “los ningunos, los ninguneados”.

En el tercer bloque es para los secretos ahogados, esas historias que parecen haberse perdido en los umbrales de la historia reciente, seguramente porque conviene que así sea, el dolor que no se expresa no es necesario repararlo. La Isabela, antiguo balneario para la alta alcurnia reconvertido en psiquiátrico durante la Guerra Civil, duerme en las profundidades del embalse de Buendía. El Real Sitio de La Isabela verbalizó la cara de la deserción que dio las espaldas a la contienda. Desertores que fingieron diferentes enfermedades mentales para encontrar refugio en sus estancias, bajo la inquebrantable vocación del médico Eduardo Varela. Continúan los autores el camino con el viaje de Paul Boyton por el Tajo antes de ser “amordazado para producir electricidad” (p. 305). Boyton en su aventura reivindica el valor de los ríos como vertebradores del territorio, recuerda esa manera que tenía Unamuno de entender los ríos como el alma del paisaje. La importancia de la defensa de los ríos vivos como el Gállego, el Ara, está presente en la memoria, pero también desde el lugar que los ríos han tenido en la literatura de Delibes, Ana María Matute, Virginia Mendoza. Un escenario que invita a recordar las afirmaciones de Leonardo Boff “quien controla el agua, controla la vida, controla el poder” (2008). El “oro azul”, como lo define Maude Barlow (2001), es

un elemento sujeto a demasiados intereses y, por tanto, susceptible de reducir todas sus dimensiones – culturales, emocionales, identitarias– hasta convertirlo en un “input productivo” tal y como se demuestra en la descripción del *Estado Hidráulico*. Recuperar la conexión identitaria gracias a los silencios rotos nos ayuda a entender el agua en sus múltiples dimensiones, aprendiendo a proteger nuestros paisajes, ríos y sistemas hídricos. En el capítulo final los accidentes de la presa de Torrejón y la Vega de Tera presentan una reflexión sobre la memoria y la identidad. “La memoria combate el olvido. Alienta la reconstrucción. Es una herramienta pedagógica y de duelo. De sanación” (p. 331).

Umberto Eco afirma “nuestra identidad se fundamenta en la larga memoria colectiva”, *Memorias Ahogadas* es un relato profundo que dibuja las vidas de “los nadie”, los desplazados, los olvidados. Es un ejercicio político de reparación que rescata los no lugares para llenarles de dignidad, justicia y verdad. Como el barco de Teseo repara cada pieza destrozada por el silencio y el olvido para transformar las identidades ahogadas, cuestionar las injusticias sufridas y tal vez así abrir nuevos horizontes.

### Reseñas:

Arrojo, P. (2020). “La transición hídrica desde la nueva cultura del agua”, en J.C. Santamarta Cerezal y J. Rodríguez Martín (Eds.). 2020. Los procesos de planificación hídrica en la península ibérica e islas en un contexto de cambio climático, Colegio Oficial de Ingenieros de Montes, Madrid, España.

Barlow, M. (2001): *Oro azul: La crisis mundial del agua y la reificación de los recursos hídricos del planeta*. El Ceibo TB.

Boff, L. (2008): “El agua, factor ecológico de la humanidad, de

espiritualidad, y de cooperación” en *Fundación Seminario de Investigación para la Paz* (ed.): *El agua, derecho humano y raíz de conflictos*. Gobierno de Aragón. Zaragoza, pp. 17-28.

Campirubí L. (2017): *Los ingenieros de Franco: ciencia, catolicismo y guerra fría en el Estado Franquista*. Barcelona: Crítica.

Del Romero R. (2018): *Despoblación y abandono de la España rural. El imposible vencido*. Valencia: Tritant Humanidades.

Eco U. (1998): A todos los efectos en Carrière, Jean et al. *El fin de los tiempos*, pp 215-272, 280-283. Barcelona: Anagrama.

**Cristina Guirao Mirón. (2024), *Transgresoras. Una historia cultural de las mujeres*. ISBN:978-84-1067-045-7. Reseñado por: Sofía Caballero Jiménez. Universidad de Alcalá. Recibida: 12/11/2024. Aceptada: 15/11/2024**

**Transgresoras. Rearme teórico feminista para pasar a la acción.**

*Transgresoras. Una historia cultural de las mujeres* es el último ensayo de Cristina Guirao Mirón, filósofa y socióloga cultural, publicado por la editorial Los libros de la Catarata (2024). Se trata de un ensayo que, pese a su ligereza física, se erige como una máquina de combate, como ella misma describe en el libro a “todas las producciones del pensamiento feminista contemporáneo y gran parte de las producciones artísticas y culturales de las mujeres a lo largo de la historia” (Guirao, 2024: 56) y que, frente a todo, ofrece esperanza en un estado de invisibilización, como es la presencia tan sumamente reducida de las mujeres en la historia de la cultura. Este estado, será ilustrado desde el inicio del ensayo a través del relato “*El gran nadador*” de Kafka. En él se cuenta la historia de un campeón olímpico de natación que, recibido con honores, declara no saber nadar. Extrapolando la paradoja del relato a las contribuciones de las mujeres a la historia de la cultura, se plantea la siguiente pregunta: ¿Cómo visibilizar las producciones culturales de las mujeres si siempre han estado alejadas del canon y apartadas del espacio público?

La línea que une todos los puntos del libro es el espacio público: tener acceso o no a él. Acertadamente afirma la autora, partiendo de una cita de Virginia Woolf, que el “cuarto propio no es suficiente”. Evidentemente, es necesario contar con un lugar donde se pueda estar tranquila, sin estar ocupándose de los cuidados que nos han sido asignados y presupuestos, ni de nada más que de sí misma, de nuestros pensamientos y sentimientos, para reflejarlos, en el caso de las escritoras, en un papel. Es decir, huir del *hogar* dentro del hogar. Pero el entorno

intelectual, las relaciones en torno a intereses comunes y, sobre todo, hablar de una misma en un entorno receptivo, son aspectos que configuran la entrada de nuestra presencia en la construcción del relato social. Es decir, la obra es importante, pero su entendimiento queda incompleto si no se conoce quién y en qué circunstancias la llevó a cabo. Dar el salto de persona a personaje público. Dicho de otra manera, famosas eran las audiencias de Víctor Hugo en su casa de París, hasta donde se acercaban jóvenes literatos a escuchar sus ideas sobre literatura, política y sociedad (Figes, 2022). Susan Sontag ilustra esta subjetividad en su ensayo *El artista como sufridor ejemplar* (2014):

En la tradición aristotélica del arte como imitación, el escritor era el medio o vehículo para describir la verdad de algo que estaba fuera de él. Con la tradición moderna (en líneas generales, desde Rousseau) del arte en cuanto expresión, el artista dice la verdad sobre sí mismo. (pág. 67)

Encontramos en este ensayo, multitud de ejemplos de transgresoras, y de diversos ámbitos de acción: desde George Sand, quien se vestía con pantalones para acceder a espacios públicos; pasando por María Zambrano, que elaboró nada menos que la razón poética en una filosofía de principios del siglo XX que la dejaba fuera; hasta las *flâneuses*, que desafiaron la prohibición del derecho a la ciudad y, por ende, a la ciudadanía, deambulando por las calles sin compañía masculina, desarrollando una experiencia propia.

Retomando la insuficiencia de la habitación propia, *Transgresoras* complementa y continúa la línea de

pensamiento materialista de Gerda Lerner, expuesta en *La creación de la conciencia feminista* (2019), donde explica que el aislamiento al que han sido sometidas las mujeres ha dificultado, no solo su contribución a la configuración intelectual del mundo, sino el desarrollo de su propio pensamiento. Es decir, no se reclama aquí el alimento de egos en cafés y tertulias, sino la salida de esa reclusión que ha provocado una ingente falta de información necesaria para, en el caso de Lerner, entender nuestra situación humana real, y, en el caso que señala la autora, involucrarnos como sujetos activos en la industria cultural, que, casualmente, se ha desarrollado, en multitud de ocasiones, en cafés y tertulias; y como sujetos epistemológicos con capacidad de legitimar el conocimiento y el saber.

Pero si el espacio público no se nos ha sido dado, ¿cómo, ahora, en el siglo XXI, encontramos a nuestras grandes maestras y predecesoras? Cristina Guirao emprende una tarea arqueológica y evidencia que, lo que en el siglo XIX se discutía en los cafés, es lo que conforma ahora nuestros libros de texto. Es decir, hay una relación directa entre la ausencia de las mujeres en entornos intelectuales en el pasado y la ausencia de referentes femeninos en la concepción actual de la cultura general. A partir de estas circunstancias, el libro debate cómo abordar este *asalto a la Bastilla*, entendido aquí como el desmantelamiento del canon occidental antropocéntrico presente en la historia cultural de occidente. Es por eso, que *Transgresoras* se puede entender como una suerte de rearme teórico que no pretende otra cosa que la alteración y el cambio de paradigma. Al mismo tiempo, la autora teoriza, lanza preguntas y propone respuestas, como quién hace y

deshace el canon; quién, en definitiva, incluye y excluye. Esto es, sin duda, de vital importancia, porque el canon no es algo estático, es un conjunto de relaciones de poder que articulan un relato y, como tal, pueden ser desentramadas (Foucault, 1969). Otro de los argumentos en los que se adentra la autora es cuestionar si la labor archivística es tarea *suficiente* para demostrar (una y otra vez) que sí ha habido filósofas y ensayistas desde la Edad Antigua, o ¿debemos plantear también un cuestionamiento de las formas tradicionales de producir saber y conocimiento? Guirao propone replantear el canon, e incluir, como documentos válidos para la construcción de conocimiento, las cartas, los diarios, las memorias, en definitiva, la mayoría de la literatura escrita por mujeres, normalmente vinculada a un entorno intimista, que también son reflejo de una concepción y una experiencia propia del mundo. Y este es el valor de *Transgresoras*, encontrar los argumentos de la razón de la *criptoginia*<sup>91</sup>, profundizar en ellos y desarticularlos.

La historia cultural de las mujeres ha sido atravesada por una uniformidad perenne, como si todas fuéramos lo mismo, o *la misma*, relata Guirao, Al leer *Transgresoras*, es normal compartir la pregunta irónica que lanza Guirao: ¿Dónde estaban las mujeres cuando se repartieron las diferentes personalidades de los hombres artistas? Por ejemplo, el dandy, el virtuoso, el loco, el genio, etc.

Para ilustrar esta uniformidad con la que nos ha tratado la historia, la autora utiliza la figura simbólica de unos prismáticos. En primer lugar, para ilustrar que la uniformidad queda injustificada cuando entendemos que cada una mira con unos prismáticos diferentes, fabricados a partir de

<sup>91</sup> Este neologismo ha sido desarrollado por Begoña Pozo-Sánchez y Carles Padilla-Carmona (2021) y alude a “la ocultación de los referentes

femeninos en los diferentes ámbitos de prestigio social” (pág. 175).

vivencias y circunstancias que nos atraviesan individualmente. Y, por otra parte, para mostrar que el acto de mirar a través de ellos, entendiéndose aquí *mirar* como experimentar la vida y elaborar un pensamiento propio, nos aleja de ser meramente la figura *a la que miran*. La artista, la filósofa, la compositora deja de ser un elemento estático, un mero objeto del deseo de otros, para convertirse en sujeto de pleno derecho. Y es aquí donde se produce lo inesperado, la transgresión de las mujeres que han querido (y han podido, pese a todo) ser sujeto.

El fin último de manual de la conciencia feminista en la cultura es animar, avivar el razonamiento y el debate, apostar por el movimiento, por la asociación entre iguales, para provocar irreversiblemente el cambio que aún no se ha producido, que no es otro que las mujeres protagonicen el relato social. Clave para este cambio, afirma la autora, es dejar de preguntarnos quiénes somos

para centrarnos en saber qué es lo que tenemos que hacer.

### Referencias:

- Figes, O. (2022). *Los europeos*. Barcelona: Taurus .
- Foucault, M. (1969). *L'archéologie du savoir* . París : Gallimard.
- Guirao Mirón, C. (2024). *Transgresoras . Una historia cultural de las mujeres*. Madrid : Catarata.
- Lerner, G. (2019). *La creación de la conciencia feminista. Desde la Edad Media hasta 1870*. Pamplona : Katakarak Liburuak .
- Pozo-Sánchez, B., & Padilla-Carmona, C. (2021). Criptoginia: una palabra nueva, un concepto para investigar. *Quaderns De Filologia - Estudis Lingüístics*, 26, 175-192.
- Sontag, S. (2014). *Contra la interpretación y otros ensayos*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial S.A.U.